

LA INQUIETUD, FACTOR EDUCATIVO

«La inquietud no es un accidente que a unos les ocurre y a otros no. Está en la esencia misma de nuestro ser.» (Ramiro de Maeztu. *Defensa de la Hispanidad*, 3.^a edición Valladolid, 1938, página 50.)

Todos sabemos experimentalmente qué es la inquietud, por haber sentido dentro de nosotros su aliento inconfundible. A veces duerme soterrada, bajo el ligero bullir de la actividad psíquica; pero no está ausente: cualquier ligero soplo de contrariedad la saca a flote poniendo en primer término la exigencia de su réplica.

Un fenómeno tan insistente merece la pena sea examinado para desentrañar su naturaleza íntima y deducir de ella el alcance y utilidad del influjo que ejerce sobre la vida del hombre.

El *Diccionario de la Real Academia Española* dice que *inquietud* es «falta de quietud, desasosiego, desasón, alboroto, conmoción».

Si se tiene en cuenta que *quietud* se define «sosiego, reposo, descanso», la carencia de todo eso supone inquietud.

Por su parte la palabra *desasosiego*, a la que el mismo Diccionario da equivalencia de inquietud, es la ausencia de *sosiego*, que a su vez se traduce en «quietud, tranquilidad, serenidad».

Desasón, viene a ser lo mismo que «desaliento, insípidez, falta de sabor y gusto», y *alboroto* equivale a «desorden, tumulto, sobresalto, zozobra»: en tanto que *conmoción* significa «movimiento o perturbación violenta del ánimo o del cuerpo».

Es decir, que la inquietud señala un desorden y es disposición característica que produce zozobra, sobresalto, desabrimento, falta de sabor y gusto, intranquilidad.

¿Permanentemente experimenta el hombre la presencia de semejante fenómeno? Si está la inquietud «en la esencia misma de nuestro ser», no habrá posibilidad de una eliminación absoluta que

haga de la existencia un constante discurrir sereno y encaimado. Otra cosa distinta es conseguir su atenuación, o, al menos, refrenarla en fases o períodos que permitan su dominio, aunque sea transitorio; o siquiera, olvidar su latente amenaza.

Por algo ha perseverado a través del tiempo la tenaz porfía de los hombres tras la conquista de una paz inalterable, de una serenidad incommovible—llámese apatía o ataraxia o se la designe con cualquier otro nombre—capaz de neutralizar definitivamente los efectos de la inquietud.

El hombre vive agitado y no es dichoso por eso. La felicidad resulta incompatible con el fermento de disgusto íntimo que late en el fondo de su ser. Ambos fenómenos son antagónicos y la presencia de uno equivale a la desaparición del otro. De ahí que conciba el reposo como un ideal digno de ser alcanzado a costa de los mayores sacrificios.

Pero la existencia humana discurre por dos vertientes que no se pueden confundir y cada una de ellas concibe la felicidad de forma que para la opuesta, aquel modo de ver las cosas, carece de sentido. Por ello la inquietud reviste aspectos muy dispares, en los que marchan por esas dos vías.

O tienen fe los hombres y se sienten situados bajo el signo de Dios, o carecen de ella y buscan fuera de ese signo la clave de su propia existencia, a la luz de una rebeldía que pretende aniquilarlo.

Jesucristo denunció este hecho y la aseveración divina se cumple inexorablemente: «El que no está por Mí, contra Mí está» (1).

Para los descreídos, la inquietud es tormento feroz que agita las fuentes del placer y abre cauce libre a la verdadera desesperación. La filosofía existencialista ha recogido esta postura del hombre sin fe, zarandeado por negra inquietud y con caracteres de fuego, traza su tragedia. Es la angustia de Kierkegaard o el temor de Heidegger o la desesperación de Unamuno o la náusea de Sartre o el fracaso de Jaspers. El hombre se halla suspendido entre dos *nadas* inabordables: la que precede al nacimiento y aquella que le aguarda después de la muerte. La existencia adquiere así un sentido trágico, cuyas hipotéticas soluciones, son incapaces de destruir la inquietud.

(1) S. Mat. XII, 30.

El propio Ramiro de Maeztu parece emplear un lenguaje acorde con el excepticismo existencialista, cuando precedentemente al texto citado, dice: «Vivir es asombrarse de estar en el mundo, sentirse extraño, llenarse de angustia ante la contingencia de dejar de ser, comprender la constante probabilidad de extraviarse, la necesidad de hacer amigos entre nuestros con-seres, la contingencia de que sean enemigos y estar alerta a lo genuino y a lo espúreo, a la verdad y al error.»

No hay tal coincidencia sin embargo. Las palabras de Maeztu tienen una interpretación perfectamente concorde con el pensamiento católico.

Al creyente puede asombrarle estar en el mundo, haber merecido de Dios el singular privilegio que usó con él, sacándole de la nada y dándole la existencia que posee. También le es lícito sentirse extraño al mundo que lo circunda, porque su destino trascendente lo ata con fuerza a ilusiones muchas veces incompatibles con ese mundo. Puede asimismo experimentar el miedo de la muerte, destrucción de su ser físico y enigma espantoso por la incertidumbre de un perdón jamás merecido, aunque sí esperado de la misericordia divina, dentro de las exigencias que la Religión determina. El creyente se halla toda la vida sometido a «la constante probabilidad de extraviarse» para siempre y desconfía, por eso de su insegura fortaleza, sabiendo además está rodeado de acechanzas. A la vez, desea la unión con sus hermanos, porque necesita de ellos y porque él mismo goza comunicándoles los bienes que posee; pero la experiencia le muestra cuanta deslealtad y fingimiento se esconden a veces tras la falsa benevolencia del que se llama su amigo. Por ello se da cuenta ha de vivir alerta para poder discernir lo genuino de lo espúreo, la verdad del error.

Hay, no obstante, una inquietud nociva, estéril, agotadora. En ella nada satisface, nada aprovecha; se vive en perpetua desgana, en sobresalto ininterrumpido, en pesadumbre permanente. Inquietud desoladora: mira con temor a todas partes y no discurre ni se enfrenta con el pavoroso fantasma que la alimenta, para destruirlo. Es la inquietud de los pesimistas, de los fracasados, de los pusilánimes, de los espíritus estrechos, de las mentes equivocadas, de los corazones rencorosos, de las almas poco generosas...

Una inquietud así debe ser combatida, aunque sus móviles sean aparentemente laudables; porque paraliza al hombre negándolo a los valores radicados en él. ¿Qué puede esperar de ella la educación? Nada positivo, nada eficaz. Lejos de ayudar su esfuerzo, lo neutraliza, haciéndolo estéril.

He ahí un género de inquietud francamente reprochable, por sus desastrosos efectos. Y como la inquietud es factor al que el educador tiene que prestar atención, le interesa sobremanera destacar este peligroso matiz, para atacarlo con decisión, oponiéndole sobre todo el formidable contrapeso de un alegre optimismo, de una confianza razonada y convincente que desvanezca aprensiones y suspicacias.

No: no hay que volver la espalda a la inquietud, dentro de la esfera educativa, ni olvidar tampoco su presencia. Porque en la educación tiene asignado su papel propio y ciertamente ese papel es de gran envergadura.

Hay una clase de inquietud que favorece el proceso educativo y ocupa un puesto en él de verdadera importancia, porque se le ofrece como asidero fuerte y seguro.

Se trata del malestar que deja en el ánimo el recuerdo de una conducta indigna, de una acción vituperable. Preocupación que grava sobre la conciencia, destruyendo su paz y reclamando algo que tenga virtualidad suficiente para compensar los hechos lamentados. Fué acaso un momento de debilidad que no se quiso salvar; la irresistible violencia de una pasión desbordada; la búsqueda ansiosa de secretas apetencias inconfesables... Alguna cosa, en fin, que nos degrada a nuestros propios ojos. La caída pide reparación y a ella se llega a través de actos capaces de borrar el mal, tan íntimamente repudiado.

¡Saludable inquietud ésta! Lleva al sacramento de la Penitencia, infundiendo arreos para romper compromisos que puedan conducir a parecidas defecciones. Fomentarla es útil, porque constituye un saludable entrenamiento que conduce al dominio propio.

Existe aún otra clase de inquietud eficazmente educadora, poderoso estímulo superador. Actúa sobre el hombre de nobles ambiciones, cuando al examinar etapas logradas, no se entrega al

gozo del triunfo, sino que fija nuevas etapas tras cuya conquista se orienta, para crear otras, después que las haya alcanzado.

El hombre no debe jamás sentirse satisfecho de sí mismo, ni creer conseguidas todas sus aspiraciones. La necedad de tal postura concuerda con la sentencia formulada contra el rico que, sabiendo repletos sus graneros, se proponía comer y beber en adelante, desentendido de toda preocupación; siendo así que aquella misma noche iba a ser llamada su alma al juicio de Dios (2).

Esa inquietud que aspira a mejorar lo conseguido y a dilatar más y más los horizontes de su grandeza, bien orientada, estimula al hombre y lo lleva en ascenso maravilloso, hacia cumbres inconcebibles.

Santa inquietud que no se satisface nunca, porque en el fondo, es sed de Dios y solo hallará cumplido apaciguamiento en la visión beatífica. Mientras discurre a través del terreno peregrinar, se desdobra en aspiraciones que son acicate de la voluntad, perdiendo luego sus brillantes contornos, para desdibujarse y desaparecer bajo el zarpazo de ese *más, toda más* que grita apremiante y no dice nunca *basta*.

Semejante inquietud debe ser encauzada y robustecida, poniéndola bajo el signo resplandeciente de la Fe. De esa manera adquiere un sentido diáfano de insuperable atracción. No importa entonces pelear, padecer, sufrir aparentes retrocesos. Las mismas contrariedades empujan hacia adelante. Es preciso llegar, cueste lo que costare. «Milicia es la vida del hombre sobre la tierra» (3) y no arredran perspectivas amenazadoras. «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza y los que la hacen son los que lo arrebatan» (4). Adelante, pues, sin desmayos. Pese a los aparentes triunfos de quienes piensan y obran en la otra vertiente, estamos seguros de hallarnos en posesión de la verdad y no nos rendiremos.

Ese es el lado bello y luminoso de la inquietud: que sigue viviendo en su tormentosa realidad; pero en vez de actuar como elemento destructor, se erige en fuente de energía, en pasto sabroso del alma, que ríe y llora, goza y sufre, canta y se queja, porque

(2) Luc. XII, 16-20.

(3) Job. VII, 1.

(4) Mat. XI, 12.

vuela sobre las alas del amor tras el Bien único—Felicidad suprema—y siente que no puede llegar tan aprisa como reclama su impaciencia.

FRANCISCA MONTILLA

Inspectora de Enseñanza Primaria de Madrid.